

cia inmediata la guerra universal. Una Alemania apoyada en España resucitaba el antiguo Imperio de Carlos V al revés; porque aquel Imperio era una España apoyada en Alemania. Y como suscitaba este monstruo, que por espacio de dos siglos, tuvo en guerra constante á Europa, debió sembrar la guerra en aquel

momento extraordinario y supremo. ¡Ah! Gobernándonos á nosotros mismos en modesta República hubiéramos alcanzado gloria y provecho; trayendo una dinastía extranjera, dimos primero un pretexto á la guerra internacional en Europa; y un motivo á la guerra civil en España.

CAPITULO XXIX.

LA DECLARACION DE GUERRA.

El día de la llegada del Sr. Salazar y Mazarredo á Madrid, el general Prim no se encontraba en la capital, y corría de caza por las toledanas cordilleras. En realidad el envío de semejante embajador se explicaba más por una razón de táctica parlamentaria que por una razón de ideal político. Prim, temeroso de que le atribuyeran aspiraciones de presidencia á la República ó de dictadura militar, creía sostener en torno suyo á los partidos conservadores, mostrándoles que uno de sus más influyentes diputados tenía el encargo preciso, determinado, concreto, de buscar un rey nada ménos que por las nebulosas regiones de Alemania. Así no es maravilla que conseguido este fin capital de su inhábil manobra no se curase gran cosa del efecto horrible que pudiera producir en el extranjero.

Pero jugaba con fuego. Su propósito era no hablar de la candidatura, no anunciarla oficialmente hasta conseguir el asentimiento de Napoleón III. No queriendo fiar al papel, ni ménos tratar por comisario cosa de tal importancia, se disponía á ir á las aguas de Vichy,

y al paso, contar á Napoleón lo sucedido y moverle á consentir en la exaltación del príncipe alemán. Si no le persuadía, encontraba ya un nuevo pretexto para rehuir la fundación de la monarquía y burlar las esperanzas de los conservadores.

Más el Sr. Salazar y Mazarredo, no encontrando á Prim en Madrid, se dirige al regente, á los demás ministros, y les notifica el suceso. La noticia se divulga con la celeridad del rayo. En Madrid no se oye hablar de otra cosa que del nuevo príncipe y de la nueva candidatura. Prim recibe un telégrama en su cacería, que le anuncia la agitación general, y queda pasmado, fuera de sí, al ver la rápida divulgación de su secreto. Vuelve de prisa, pero al volver, se encuentra con que todos los ministros se han ya enterado del proyecto, y todos han convenido en aceptarlo. Mientras tanto, la noticia llega á las Tullerías, no sólo por conducto de la Embajada de Francia en Madrid, sino por conducto de una princesa alemana, pariente á un tiempo del príncipe candidato y del Emperador Napoleón.

Sorprendido pues el secreto del general Prim, secreto formidable, el ministro de Negocios extranjeros y el ministro de Justicia fueron á las Cámaras francesas á declarar que no consentirían el advenimiento del príncipe Leopoldo, considerado como un *casus belli* para el honor de Francia. El advenimiento del príncipe se había convenido, la autorizacion del rey alcanzado, y hasta el consejo de Bismark interpuesto con su poderosa decision. La casa de Brandeburgo, á que el rey de Prusia y el príncipe Leopoldo pertenecen, siempre ha creído hallarse destinada por la Providencia á reemplazar á la casa de Austria, representando su predominio en Alemania, su poder sobre las razas eslavas y latinas, su presidencia de la Europa central, su dilatada soberanía. Una familia que acaricia estos ensueños de antigua gloria monárquica, encuentra súbitamente en su camino la corona de Carlos V, aquella corona que llevó engarzado el sol, y que ató al carro de los Césares modernos con argollas de oro el viejo y el nuevo mundo.

Se necesita ser príncipe, educado en esas alturas, y príncipe alemán, para comprender cómo había de halagar á su fantasía el presidir al pueblo que trabajó con los grandes navegantes, que sintió con el corazón de Santa Teresa, que pintó con el pincel de Murillo y de Velazquez, que cantó con la lira de Lope y Calderon, que pensó con la inteligencia de Alonso X y Luis Vives, que escribió con la pluma de Cervantes, que reinó con la autoridad de Carlos V é Isabel la Católica, que venció con la espada de Córdoba y de Leiva, que tuvo por tributarias cien naciones, que contó entre sus vencidos á Francisco I y entre sus héroes á Hernán-Cortés, que fué un gigante estrechando en sus brazos los mares, tocando por Oriente hasta la India de Alejandro y por Occidente á tierras desconocidas é ignoradas que parecían salir á sus conjuros de lo misterioso, de lo infinito, del seno de una nueva creacion,

tan solo para dilatar la majestad de su Imperio.

Y mientras en las cabezas de los príncipes, por tales ideas exaltadas, bullian estos ensueños, gozabase Bismark indudablemente en procurar nuevas humillaciones á su rival, á Francia. Pero esta humillacion sobrepujaba todos los límites. Desde la batalla de Marignan hasta la batalla de Villaviciosa y de Almansa, Francia ha proseguido el pensamiento de no consentir una Alemania apoyada en España, ni una España apoyada en Alemania, como en tiempo de los Austrias; y ahora renace ese inmenso gigante en el Rhin y en el Pirineo, para anular á la nacion francesa que se creó como el centro hácia el cual gravitan todas las naciones europeas.

A esta causa universal de disgusto se unia una larga série de causas ocasionales; y sobre todo el secreto, ese funesto secreto, que al general Prim agradaba, y que es de todo punto incompatible con las instituciones modernas. En cuanto las naciones vieron que el príncipe Leopoldo podía ser causa de guerra, le rodearon. El embajador de España en París le pidió indirectamente la renuncia. El de Inglaterra en Prusia insistió para obtener tal resultado. Su hermano el príncipe Carlos de Rumanía, temió un destronamiento, y reclamó, como una prenda de cariño, ese acto de abnegacion. El príncipe renunció. Su padre comunicó la renuncia al Sr. Olózaga en París, y al general Prim en Madrid. Todo parecia salvado. La paz estaba hecha. Aquella renuncia alejaba de nosotros el azote de la guerra.

Tan cierto es cuanto digo, que Emilio Ollivier se presentó en el Cuerpo Legislativo con el ramo de oliva en las manos. Lijero por temperamento, gárrulo, poco acostumbrado á la gravedad propia de los consumados estadistas, anunció en los pasillos, que tenia el telégrama de la renuncia y que por este telégrama la paz continental se había salvado. Todo el mundo sabe cómo es-

tos hechos pueden influir en la Bolsa. Todo el mundo sabe cómo los más desenfrenados apetitos piden á la especulacion fortunas imprevistas y fabulosas que seria inútil esperar del trabajo y del ahorro. En cuanto dijo estas palabras Ollivier en los pasillos se lanzaron los especuladores á la Bolsa y se dieron á comprar papel. En pocos instantes el papel francés subia de una manera fabulosa.

Desde los abismos se elevaba en pocos minutos á las nubes. Pero ¡ah! era aquella una ruina. Mientras Ollivier lijeramente anunciaba la paz, el partido militar le circuia, le

asediaba y obtenia la guerra. Los que á las tres de la tarde habían comprado á precio alzado, á las cinco de la tarde estaban arruinados. Hé ahí la suerte de los pueblos que enagenan su voluntad y su conciencia en manos de un César. Hé ahí la suerte de Francia, de la nacion que creia regir al mundo, regida por los caprichos de un hombre. En el fondo de este abismo puede perderse hasta la civilizacion europea. Estamos á merced de cuatro bravos que arrastran sus sables por las antesalas de los reyes.